



MARGARET
MOORE

*Al servicio
del Rey*



HARLEQUIN INTERNACIONAL
NARRATIVA

Uno

Sir Blaiddd Morgan, caballero real, amigo íntimo de Enrique III, campeón de torneos y, según se decía, hombre capaz de llevarse a una mujer a la cama con sólo susurrarle al oído, detuvo su caballo y se secó la nariz con el dorso de la mano enguantada. De la capucha de su manto de lana caían gotas, y sus botas estaban salpicadas de barro. A su izquierda, se elevaba del bosque un olor a hojas mojadas; a su derecha, en un prado, unas cuantas vacas permanecían inmóviles al resguardo de un roble, con aspecto tan lastimoso como el del propio Sira Blaiddd. Al menos podía distinguir ya, un poco más allá, entre el copioso aguacero, lo que parecían ser una aldea y un castillo.

—Ése ha de ser el castillo de Throckton, gracias a Dios —le dijo a su igualmente empapado escudero—. Empezaba a temer que hubiéramos tomado un desvío equivocado hace unas millas y que tuviéramos que pasar la noche en el bosque.

Su escudero se bajó un poco más la capucha del manto.

—Pensaba que vosotros los galeses estabais acostumbrados a la lluvia.

—Sí, Trev, lo estoy gracias a los consejos de tu padre sobre el ejercicio de caballero. Pero eso no significa que me guste.

Los padres de Blaidd y Trevelyan Fitzroy eran amigos desde hacía mucho tiempo, y el padre de Trev, Sira Urien, había ejercitado a Blaidd en el arte de la guerra, lo cual incluía combatir con toda clase de tiempo. Trev, que tenía dieciséis años, señaló con la cabeza la fortaleza que se erguía en la distancia.

—Pensaba que lord Throckton no era hombre importante, pero ¡menudo castillo!

—Sí, yo tampoco esperaba que fuera tan imponente —confesó Blaidd.

Mirándolo con más detenimiento desde aquel punto elevado, a través de la lluvia, el castillo parecía enorme, con sus murallas interiores y exteriores, su magnífico puente y su gran torre del homenaje en el centro. Blaidd había visto pocos castillos que pudieran rivalizar con aquél, y se preguntaba si el rey Enrique se mostraría tan sorprendido como él al saber que las fortificaciones de lord Throckton eran tan extensas, o si ya lo sabría. Eso tal vez explicara los celos del rey.

—No todos los hombres importantes van a la corte —comentó Blaidd, y espoleó a su corcel

negro, Aderyn Du, para que echase a andar—. Nuestros padres no van. En cualquier caso, es probable que ese castillo disponga de algunas comodidades.

—¿Crees que lady Laelia será tan bella como dicen? —preguntó Trev.

Blaidd le lanzó a su compañero una sonrisa fraternal.

—Seguramente no, pero no perdemos nada por echar un vistazo.

—¿Hemos venido hasta aquí solamente porque quieres echar vistazo? —preguntó Trev, incrédulo.

Blaidd no estaba dispuesto a confesarle a su amigo el verdadero motivo por el que Enrique lo había enviado a Throckton, así que su sonrisa se hizo más amplia.

—¿Qué puede hacer un caballero que se precie, sino mirar? He oído tantas historias sobre la belleza de lady Laelia que pensé que valía la pena hacer el viaje para comprobar si eran ciertas. Mi madre empieza a desesperar de que alguna vez encuentre esposa y siente la cabeza.

—Entonces, si lady Laelia es tan bella como dicen, ¿te casarás con ella?

La profunda y grave risotada de Blaidd resonó por encima de la lluvia y el chapoteo de los cascos de los caballos.

—Cuando se trata de matrimonio, no se ha de pensar únicamente en la belleza.

—Supongo que no —contestó Trev, dubitativo.

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿has pensado en casarte?

Aderyn Du sorteó un gran charco en medio del camino.

—Sí, claro —dijo Blaidd—. Pero nunca he encontrado a la mujer adecuada.

—¿Por eso has estado con tantas?

Blaidd le lanzó al joven una mirada irónica.

—No he estado con tantas. No negaré que disfruto de la compañía de las mujeres, pero no soy tan asombroso amante como me pintan las malas lenguas.

—Pero Gervais dice...

—Tu hermano sabe tan poco como tú en qué invierto yo mis noches.

Trev guardó silencio mientras cruzaban el puente de piedra que llevaba a la aldea. Blaidd se alegró de su silencio. No le gustaba hablar con nadie de sus relaciones con las mujeres, y menos aún con un muchacho de dieciséis años.

El río bajaba alto debido a la lluvia y al deshielo primaveral, y el agua se arremolinaba, brincando, alrededor de los pilares del puente. Blaidd tampoco esperaba encontrar una muestra de ingeniería de aquella finura tan al noroeste de Londres.

La lluvia, por suerte, comenzó a amainar, y Blaidd pudo fijarse con más atención en el estado de la aldea. Componían ésta varias casas de zarzo, argamasa y paja. Tiendas y establos, muchos de ellos con las viviendas encima, bordeaban el prado.

Blaidd había visto aldeas en peor estado, pero también muchas con mejor aspecto. La iglesia tampoco era gran cosa, lo cual le indujo a sospechar que de las rentas que lord Throckton obtenía de los arrendatarios de sus tierras, pocas iban a parar a obras de caridad. Seguramente la mayoría se dedicaban a piedras, morteros y maestros albañiles para el castillo.

El prado estaba desierto, pero pese a todo Blaidd se sentía observado. Sin duda los aldeanos, escondidos, estarían especulando acerca de quiénes eran y cuál sería la razón de su visita. La montura de Blaidd, sus aparejos, su porte y la espada que colgaba de su muslo los llevarían a pensar que se trataba, cuando menos, de un soldado. La presencia de su escudero y la divisa de su escudo les revelarían que era en realidad un caballero. Todo lo demás, quedaría al arbitrio de su imaginación.

La lluvia había cesado por completo cuando se acercaron a un edificio de mayor tamaño que parecía ser una posada. Blaidd estaba pensando que no sabía si prefería pasar la noche allí o a cielo abierto, cuando una mujer morena, colorada y desgñada apareció en una de las ventanas abiertas del segundo piso. Se asomó tanto a la ventana que sus grandes pechos, cubiertos apenas por una camisa suelta, parecieron a punto de quedar al aire en cualquier momento. La mujer sonrió a Blaidd con descaro y dejó escapar un silbido. Un instante después, varias mujeres se asomaron a las ventanas.

—¿Qué me decís? ¿No es guapo y gallardo?
—dijo la morena en voz alta—. Apuesto a que en la cama es igual de gallardo.

Las otras se echaron a reír como gallinas, y una de ellas dijo:

—Buena arma lleváis, mi señor, a fe mía. Me encantaría verla de cerca.

—A mí me gusta el muchacho —gritó otra.

Blaidd echó un vistazo por encima de su hombro. Trev, muy colorado, miraba fijamente hacia delante. Blaidd contuvo una sonrisa al mismo tiempo divertida y compasiva, parándose ante la posada.

—Lo siento, queridas mías —dijo como si se estuviera dirigiendo a la reina de Inglaterra—, pero mi escudero y yo hemos de declinar tan encantador y generoso ofrecimiento.

—Uh, oídle, ¿queréis? —gritó la morena—. ¿No tiene la voz más bonita que habéis oído? Y, además, es galés. He oído hablar muy bien de los galeses —hizo un gesto que indicaba qué era exactamente lo que había oído—. Ven aquí, potro mío, y susúrrame alguna guarrada al oído. Es lo menos que puedes hacer si no vas a quedarte.

Blaidd se llevó una mano al corazón e hizo una reverencia.

—Me temo que no me es posible. Tengo negocios que atender en el castillo y no debo demorarme más.

Arreó de nuevo a Aderyn Du, pero antes de

que se alejaran, una joven, seguramente no mucho mayor que Trev, apareció en la puerta. Tenía el pelo rubio y revuelto y su vestido, relativamente limpio, se ceñía a su esbelto cuerpo. Sus ojos eran de un sorprendente tono de verde. Pero, pese que tenía el rostro de un ángel, el modo en que se apoyaba en el quicio de la puerta y la sonrisa maliciosa que le lanzó a Blaidd convencieron a éste de que estaba ya ducha en aquel juego. Mientras seguía cabalgando, Blaidd lamentó con un suspiro la pérdida de la inocencia, pese a que comprendía que la pobreza ofrecía a muchas mujeres escasas elecciones, salvo aquélla.

De pronto notó que no oía al caballo de Trev a su espalda, y se giró para mirar por encima del hombro. El caballo de Trev no se había movido, y el escudero miraba a la joven como si estuviera hechizado. Blaidd masculló una maldición y bramó:

—¡Fitzroy!

Sobresaltado, Trev espoleó los flancos de su caballo y pronto se encontró cabalgando junto a Blaidd hacia el portón del castillo.

—Es una puta, como las otras —le dijo Blaidd.

—Lo sé. No soy un niño —masculló Trev sin mirarlo—. Y tampoco soy sordo. He oído lo que decían.

—Entonces sabrás que es mejor que te olvides de esa muchacha.

Trev se sonrojó.

—Tengo dinero.

—Da igual que puedas permitírtelo o no. Ese lugar no te conviene. Aparte de los chinches y las pulgas, en esos sitios hay muchas mujeres que te robarían hasta dejarte sin la camisa, y, por desgracia, la mayoría de ellas estarán seguramente enfermas. Un hombre sensato procura mantenerse alejado de los burdeles.

—Hablas igual que mi padre.

—Gracias por el cumplido —repuso Blaidid en tono jovial—. Además, soy responsable de ti mientras estés a mi servicio. Si tu padre descubriera que te he permitido visitar un burdel, seguramente le daría un ataque..., pero aun así sería capaz de partirme la cabeza antes de perecer. No estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—¿Tu nunca has estado en un burdel?

Blaidid se alegró de poder contestar honestamente.

—Nunca he querido ir, ni falta que me ha hecho.

Por suerte alcanzaron el portón del castillo de Throckton, poniendo fin a la conversación. Blaidid había ido allí con un propósito concreto, propósito que nada tenía que ver con lady Laelia, y no quería tener que hacer también las veces de tutor de Trevelyan en tales asuntos.

Blaidid observó el puente alzado, una enorme reja de madera terminada en puntas. Los centinelas se paseaban por encima de las murallas.

Más allá del portón había una segunda puerta cerrada que daba al patio. Era de roble macizo de varias pulgadas de espesor y estaba tachonada con clavos de bronce. Bajándose la capucha, Blaidd atravesó a caballo el puente levadizo y entró en la puerta fortificada, pasando por debajo de las troneras. Si algún enemigo se veía atrapado entre la reja de madera del puente y la recia puerta interior, los defensores del castillo podían verter aceite hirviendo o arrojar piedras por las troneras. Blaidd se estremeció, y no por estar empapado por la lluvia.

Al llegar ante la puerta interior, detuvo a su caballo y desmontó. Trev se apresuró a imitarlo y Blaidd le alcanzó las riendas de Aderyn Du. Pero antes de que Blaidd pudiera alzar la voz, un panel se deslizó en la parte derecha de la puerta. Sin duda los centinelas que montaban guardia en la muralla habían avisado a los guardias de abajo de que tenían visita. Una cara flaca, envuelta en una tosca caperuza de lana apareció ante su vista. El guardia escudriñó a Blaidd con sus brillantes ojos azules como si fuera a acusarlo de mentir.

—¿Quién sois y qué queréis? —preguntó una voz levemente áspera.

—¡Es una mujer! —gritó Trev en lo que pretendía ser un susurro.

Cuando hubieron pasado los primeros instantes de asombro, Blaidd hizo lo que hacía siempre que se hallaba ante una mujer. Sonrió.

—No sabía que lord Throckton tuviera amazonas en su castillo.

Los ojos azules se deslizaron lentamente, con expresión desdeñosa, de la coronilla de la empapada cabeza al manto de lana y su jubón de cuero, pasando por el cinturón, del que colgaba la espada, y las calzas, para acabar en las suelas de las botas negras. Después su expresión cambió, transformándose en una de admiración, al ver a Aderyn Du.

Blaidd se puso rígido. Aderyn Du era sin duda un animal magnífico, pero él no estaba acostumbrado a que su caballo recibiera mayores atenciones que su persona. Posando de nuevo su mirada en Blaidd, la mujer dijo:

—Os he preguntado quién sois y qué buscáis aquí.

—Es Sira Blaidd Morgan —declaró Trev con incredulidad, como si todo el mundo debiera saberlo.

Blaidd, sin embargo, era consciente de que no todo el mundo lo conocía, y de que era muy posible que su fama, si es que alguna tenía, no hubiera viajado tan al norte de Londres y al este de Gales.

—Tal y como dice mi escudero, soy Sira Blaidd Morgan —contestó con calma—. He venido a hacerle una visita amistosa a lord Throckton, siempre y cuando nos dejéis atravesar vuestra puerta.

La mujer se puso tensa.

—Habéis venido a cortejar a lady Laelia, como tantos otros antes que vos. Bien, os deseo buena suerte.

—Espero tenerla, si lady Laelia demuestra que merece ser cortejada.

—Vaya, vaya, veo que no tenéis ni un ápice de falsa modestia, señor caballero —contestó la mujer—. Será interesante ver cómo se las arregla un galés. Porque sois galés, ¿no es así?

Para entonces, Trev estaba saltando de indignación.

—¿Vas a permitir que te hable así? ¿Tenemos que quedarnos aquí como un par de buhoneros, pidiendo entrar?

Blaidd siguió sonriendo y, mientras contestaba ostensiblemente a Trev, no apartó su mirada de lo que veía de la cara de la mujer.

—Ciertamente, ya que es la guardiana de la puerta, voy a permitir que me hable así y que nos haga esperar, si así lo desea.

La mujer se echó a reír con una carcajada baja y más bien cínica.

—Os felicito por vuestros modales, señor galés —dijo—. Entrad, pues, y sed bienvenidos.

Cerró el portillo y ellos oyeron el ruido del pesado cerrojo descorriéndose.

—¡Ya era hora! —masculló Trev—. Por la sangre de Cristo, Blaidd, es la cosa más descortés que...

—No tiene importancia, Trev. Nos hemos presentado aquí sin ser invitados, así que no

podemos darnos por ofendidos si no nos reciben con los brazos abiertos.

—Espero que lord Throckton sea más amable.

—Estoy seguro de que sí. Un noble tiene el deber de prestar hospitalidad a hombres de su calidad.

Su escudero no respondió, pese a lo cual Blaidd sentía el malestar que emanaba de él. En realidad, él también estaba algo molesto por el descaro de aquella mujer, pero estaba más acostumbrado a que le faltaran al respeto. Su padre no era de noble cuna, y, para ser aceptado en la corte, a Blaidd le había hecho falta vencer en varios torneos, además de gozar del favor del rey. De modo que, a pesar de que aquélla no era la bienvenida que solían darle ni los castellanos ni las mujeres, no se lo tomó tan mal como Trev. En cuanto a la mujer, sentía curiosidad por verle la cara. Si era la mitad de fascinante que aquellos vibrantes ojos azules, su estancia allí podía resultar más interesante de lo que esperaba. Aunque no debía perder de vista el auténtico propósito que lo había llevado hasta allí.

Las puertas se abrieron lentamente, y Trev y él entraron en el amplio patio exterior. Más allá se hallaba la muralla interior del castillo, con sus torres en las esquinas. Varios hombres armados montaban guardia a ambos lados de la puerta. La mujer de los ojos azules, envuelta en un largo manto marrón, esperaba junto a la puerta,

como si se hubiera encargado personalmente de descorrer el cerrojo. Tenía la cara fina y la tez pálida, y sus ojos azules parecían demasiado grandes para su rostro. Pero sus facciones no estaban del todo mal, y, al mirar sus labios, lo primero que se le pasó por la cabeza a Blaidd fue un beso.

—Confío en que disculparéis mis preguntas, señor —dijo ella, haciendo una lenta genuflexión—. Recibo tan rara vez visitas de los acólitos del rey, que, naturalmente, desconfié.

¿Acólitos? Blaidd ya no se sentía impulsado a disculpar su insolencia, por más bellos que fueran sus ojos azules.

—¡Él no es ningún acólito! —gritó Trev, haciéndole eco a sus pensamientos—. ¡Es amigo del rey Enrique!

—Trev, por favor, permite que sea yo quien trate con esta subordinada —dijo Blaidd mientras se acercaba despacio a la mujer, hasta que quedaron separados por apenas un paso —ella se puso rígida cuando Blaidd la recorrió lentamente con la mirada—. ¿Cuál es tu nombre, muchacha? —preguntó con desdeñosa calma, antes de lanzarle una sonrisa que sus contrincantes en el combate habían aprendido a temer.

Ella proyectó la barbilla hacia delante con gesto de desafío.

—Becca.

—Dime, Becca, ¿siempre hablas así a tus superiores?

—No suelo hablar con nadie que se considere superior a mí.

Era, sin duda alguna, la muchacha más insolente con la que Blaidd se había topado.

—Si éste es el recibimiento que puede esperar un noble en el castillo de Throckton, no me extraña que vuestro señor no sea tenido en alta estima en la corte del rey.

La mirada fija de la joven vaciló al fin, pero sólo un instante.

—Si es así, eso sólo confirma la opinión que me merece la corte inglesa.

—¿Y qué sabes tú de la corte inglesa?

Los ojos de la muchacha se agrandaron con lo que a Blaidd le pareció una inocente perplejidad perfectamente fraudulenta.

—Jamás he dicho que supiera algo sobre la corte inglesa, señor. Sólo he dicho que confirma mi opinión sobre ella —hizo de nuevo una reverencia con inesperada elegancia—. Lamento haberos ofendido, Sira Blaidd.

Él ladeó la cabeza, observándola.

—¿De veras?

—Si lo que he dicho puede causarle algún inconveniente a lord Throckton, lo lamento de veras —entonces sonrió con una expresión tan alegre que era como encontrar una flor en un yermo invernal—. Pero, si mi franqueza os lleva a pensar que soy una moza insolente que debe ser castigada, no lo lamento en lo más mínimo.

Bajo la fuerza de aquella sonrisa, la cólera de Blaidd se desvaneció por completo.

—Tal vez sea compasivo y no le hable a lord Throckton de la impertinencia de su portera.

—Puede que a él no le sorprenda —su sonrisa se apagó, a pesar de que no parecía preocupada —después apretó el manto con más fuerza alrededor de su esbelta figura—. ¿No tenéis prisa por conocer a la hermosa lady Laelia? —le lanzó otra sonrisa—. Creo que tal vez vos tengáis alguna oportunidad.

—Bueno, entonces, ya que al parecer me he ganado tu opinión favorable, me consideraré prácticamente comprometido.

La mirada de los brillantes ojos de la muchacha cambió de nuevo, volviéndose seria.

—Puede que hasta ahora no hayáis tenido muchos oponentes en ningún asunto, Sira Blaidd, pero os aseguro que ahora los tendréis. Os deseo suerte, si pensáis que Laelia y su dote os harán feliz.

Él formuló la siguiente pregunta sin pararse a pensar.

—¿Te veré en el castillo?

—Espero que no —contestó ella de un modo que no dejaba duda de que hablaba en serio.

Los guardias cercanos refrenaron sus sonrisas, intentando no echarse a reír. A Sira Blaidd Morgan le gustaba que la gente se riera con él, y sobre todo las mujeres. Pero odiaba que se rieran de él, y hacía años que nadie se atrevía a

hacerlo. Giró sobre sus talones, se acercó a Aderyn Du y se montó en la silla.

—Vamos, Trev —dijo secamente.

Su escudero lo obedeció de inmediato.

—¿De veras crees que es la portera? —preguntó el muchacho mientras cruzaban el patio.

—Sea quien sea —contestó Blaidd con fastidio—, creo que no está bien de la cabeza, y espero no volver a verla.

Mientras Sira Blaidd Morgan se alejaba montado en su caballo, Becca miró a los guardias del castillo y al hombre alto, de pelo gris, que, vestido con cota de malla, permanecía ante ellos.

—Pobre hombre. Creo que no esperaba una bienvenida así.

Todos se echaron a reír.

—Ya basta, muchachos —ordenó Dobbin, el comandante de la guarnición, a pesar de que a él también le costaba trabajo aguantar la risa—. Volved a vuestros puestos.

Los hombres regresaron a sus puestos intercambiando bromas y murmullos. Dobbin se reunió con Becca en el cuarto de la puerta, donde los guardias pasaban el rato si no estaban de patrulla o durmiendo. Las desnudas paredes de piedra eran tan toscas como la desvencijada mesa de caballete sobre la cual, a lo largo de los años, los guardias habían ido grabando sus firmas o iniciales. Un par de taburetes procuraban

el único asiento. Un solo anaquel sostenía unos cuantos aparejos para limpiar metal y cuero, tarea que a menudo se realizaba allí. El olor a pulimento impregnaba el aire, haciendo más acogedora la habitación, que caldeaba un fuego.

Becca y Dobbin colgaron sus mantos empapados en los ganchos que había junto a la puerta y volvieron a sus taburetes junto a la pequeña chimenea. Dobbin estiró las piernas y lanzó un suspiro.

—Me estoy haciendo demasiado viejo para estar ahí fuera, con esta lluvia —masculló. Su acento delataba su infancia, pasada en los páramos de Yorkshire.

—Podrías haberte quedado dentro.

—Demasiado arriesgado.

—No iban a atacarnos.

Dobbin le lanzó una mirada sagaz.

—Pero ¿qué habrías dicho tú si no llego a esta allí?

Ella sonrió, pues Dobbin tenía razón. Podría haberse mostrado aún más impertinente hacia aquel caballero que, como tantos otros, se presentaba allí con intención de comprobar si la beldad de Throckton hacía honor a su fama, y para cortejarla si así era.

—Un tipo grandullón, para ser galés —comentó Dobbin—. Tiene buen porte a caballo. Un hombre con esas espaldas y esas piernas será seguramente un buen soldado.

—Seguro que es un campeón en los torneos

—dijo Becca mientras desplegaba sus faldas mojadas para que se secaran más rápidamente. El anillo de llaves que llevaba colgado al cinto repiqueteó.

—Y, además, es muy apuesto, aunque lleve ese pelo. Nunca había visto a un noble con el pelo hasta los hombros, como si fuera un salvaje.

—Puede que los galeses lo lleven así.

—Pues yo nunca lo he visto —contestó Dobbin—, y he conocido a unos cuantos en los torneos.

Becca le dio una palmada en el hombro.

—Se lo preguntaré, ¿quieres?

Dobbin estuvo en un tris de caerse del taburete.

—Será mejor que no. Estaba tan enfadado que parecía que tenía ganas de estrangularte. Pensé que iba a hacerlo cuando se acercó a ti.

Becca intentó no recordar cómo le había palpitado el corazón cuando el apuesto caballero se había acercado lentamente a ella, con la mirada fija en su cara como si... como si... En fin, a ella nunca se le había acercado un hombre con aquella mirada.

—Está bien, no se lo preguntaré —le lanzó una sonrisa a Dobbin—. A juzgar por su sonrisa, no me extrañaría que Sira Blaidd espere conquistar a Laelia con poco más que un guiño y una carantoña.

—Y yo espero que su señoría no se enfade

cuando sepa lo que le has dicho a un caballero de la corte del rey Enrique.

—Yo creo que se enfadará —Becca hundió los hombros, bajó la barbilla e imitó con voz gruñona al señor del castillo de Throckton—. Ignoradla, Sira Blaidd. Es voluble y estúpida. Como todas las mujeres.

Dobbin sacudió la cabeza.

—Será mejor que tengas cuidado, señorita, o uno de estos días tu padre se enfadará de veras y ¿qué harás entonces?

Dos

Mientras Trev acababa de llevar el equipaje a la cámara que iban a compartir, Blaidd aguardó a lord Throckton en el salón principal. Permanecía de espaldas a la enorme chimenea, y el calor le sentaba tan bien, que casi se retorció de placer.

Su ánimo mejoró aún más al mirar con determinimiento la estancia, que, como el resto de la fortaleza, era más amplia y rica de lo que esperaba. Al entrar en el atrio pavimentado con adoquines, había reparado en el extenso edificio que debía de ser la sala de recepción, y en lo que, a juzgar por los ventanales, parecía ser la capilla, a su lado. Las estancias de la segunda planta de los establos, cubiertos con mampostería de madera, eran sin duda los barracones de la guarnición y las viviendas de los mozos de cuadras. Blaidd suponía que el edificio de dos plantas a ese lado del patio, contiguo al salón, albergaba las estancias donde dormía la familia y los

demás sirvientes. Las otras edificaciones que logró identificar a golpe de vista eran la cocina, colindante con el salón de recepciones, con una gran chimenea con tejadillo para que la lluvia no apagara el fuego, y el taller del herrero. La torre del homenaje, un enorme edificio circular a la izquierda de la entrada, hacía las veces de armería y serviría como el último refugio en caso de que algún enemigo se abriera paso a través de las murallas.

La torre del homenaje era antigua, y las murallas interiores también. Blaidd calculó que el salón, la capilla y la muralla exterior, así como la formidable puerta, no tenían más de cinco años. Las segundas plantas, en las que se hallaban los barracones y las estancias de la familia, parecían asimismo de construcción reciente. En cuanto al interior de la sala de recepciones, el único lugar que Blaidd había visto que pudiera rivalizar con ella pertenecía al rey. Sus muros estaban cubiertos con pesados tapices finamente bordados que representaban escenas de caza y batallas, y cuyos hilos escarlatas, dorados y verdes atrapaban la luz. Los bancos y mesas eran relativamente nuevos, carentes de arañazos, hendiduras y grietas, y estaban pulimentados con una pátina brillante. Alfombras limpias cubrían el suelo, y un leve aroma a romero y coniza flotaba en el aire. Grandes vigas de roble sostenían la techumbre, y los pendones de los caballeros que debían obe-

diencia a lord Throckton se agitaban suavemente, como indolentes bailarinas. Eran muy numerosos, mucho más de lo que Blaidd habría esperado teniendo en cuenta la aparente posición de lord Throckton, y la mayoría de ellos le resultaban desconocidos. En caso de que las sospechas del rey acerca de la posible deslealtad de Throckton demostraran ser ciertas, Blaidd tendría que acordarse de ellos.

Uno de los perros que dormitaba junto al fuego se removió, llamando su atención. Los perros se habían puesto en pie, gruñendo, al verlo entrar, hasta que uno de los sirvientes les había ordenado sentarse y callar. La muchacha de la puerta también le había enseñado los dientes. ¿Qué aspecto tendría ella dormida, con aquellos brillantes ojos azules cerrados y su pecho subiendo y bajando con un ritmo suave? Blaidd recordó las formas que se adivinaban bajo su manto mojado y se dio cuenta de que era muy esbelta. Su cuerpo se calentó un poco más, y no a causa del fuego, cuando imaginó a la osada Becca en su cama. Estaba seguro de que en ella no permanecería inerte. Si aquella muchacha decidía entregarse a un hombre, lo haría con ímpetu.

Blaidd comenzó a excitarse y, haciendo un esfuerzo, se recordó que tenía asuntos importantes de que ocuparse y que nada tenían que ver con las mujeres, aun a pesar de su supuesto interés por lady Laelia. Debía entretenerse con una

sirvienta tan poco como Trev visitar aquel burdel, por más interesante y descarada que fuera la sirvienta en cuestión.

—¡Bienvenido al castillo de Throckton, Sira Blaid! —exclamó una voz grave.

Blaid se giró hacia la escalera curva del otro extremo del salón. Un hombre robusto con abundante pelo gris y anchos hombros caminaba hacia él. Iba bien vestido, cubierto con una larga túnica azul índigo abrochada con un cinturón de cuero repujado. Por su porte y su actitud Blaid supuso que se trataba del señor del castillo.

Al alcanzar la tarima, lord Throckton se detuvo y sonrió afablemente, dejando al descubierto unos finos dientes. Blaid, que llevaba años viviendo entre hipócritas cortesanos, advirtió al instante que la sonrisa cordial de aquel hombre no se reflejaba en sus ojos castaños, cuya expresión era tan recelosa como la de la muchacha de la puerta.

Blaid sintió un escalofrío de aprensión, como si estuviera abriéndose camino entre arenas movedizas, pero su porte no dejó traslucir su recelo. A fin de cuentas, ¿qué hombre no sospecharía de un caballero que llega sin avisar? Además, era posible que la repugnancia que le causaban los subterfugios lo estuviera volviendo más receloso de lo que debía.

—Saludos, lord Throckton —dijo, haciendo una reverencia.

—Un tiempo espantoso para viajar —comentó el noble.

—Por lo cual os agradezco vuestra hospitalidad.

—¡No tiene importancia, hombre! El placer es mío —la sonrisa de lord Throckton se hizo más amplia, pero sus ojos no perdieron aquella expresión desconfiada—. Sin embargo, dudo que sea sólo el azar lo que os ha apartado tanto del camino principal.

—No, en efecto —contestó Blaidd con la más cordial de las sonrisas—. Sin embargo, preferiría hablaros en privado de las razones que me han traído hasta aquí, si es posible.

—¡Desde luego! Podemos conversar en mi sala.

Lord Throckton condujo a Blaidd hacia la escalera por la que acababa de bajar, mirando por encima del hombro para asegurarse de que lo seguía. Llegaron al descansillo, y lord Throckton abrió la puerta que daba a él. Le indicó a Blaidd que entrara en la estancia delante de él, y, al hacerlo, Blaidd se halló en una cómoda habitación que ofrecía nuevas evidencias de la riqueza y el gusto por el lujo de lord Throckton. Más tapices coloridos cubrían las paredes, y las sillas, de roble joven y claro, estaban provistas de cojines de seda de brillantes colores. La mesa de caballete estaba cubierta de pergaminos, vasijas de tinta, varias plumas y un candelabro de plata. Un arcón abierto, pintado de azul y verde, dejaba al descubierto rollos de pergamino, probablemente el registro de los feudos y otros negocios

del señorío de Throckton. En el brasero de bronce relucían las brasas y una alfombra cubría la mayor parte del suelo de piedra. Las altas y estrechas ventanas estaban tapadas con lienzos que amortiguaban la fría brisa primaveral.

Con un suspiro de placer, lord Throckton se dejó caer sobre el cojín de seda escarlata de un sillón profusamente labrado, decorado con hojas de parra y uvas, detrás de la mesa. Le indicó a Blaidd que tomara asiento en la silla que había enfrente y cuyos ornamentos eran sólo ligeramente menos profusos que los del sillón.

—¿Sois pariente de Sira Hu Morgan, por casualidad? —preguntó lord Throckton cuando Blaidd se hubo sentado.

Blaidd no ocultó su sorpresa porque aquel hombre conociera a su padre.

—Soy su hijo. ¿Lo conocéis?

Los ojos de lord Throckton se arrugaron cuando sonrió de nuevo.

—No. Y, como sin duda sabréis, no frecuento la corte. En Westminster y Londres hay demasiado ruido y gente para mi gusto. Pero, aun así, he oído hablar de él. Tiene amigos muy poderosos.

—Mi padre tampoco suele ir a la corte —contestó Blaidd, soslayando la cuestión de los amigos de su padre, algunos de los cuales eran, en efecto, muy poderosos—. Comparte vuestro desagrado por las ciudades, y prefiere quedarse en casa.

—Con vuestra madre, que tenía fama de ser la dama más hermosa de su época —añadió lord Throckton, riendo—. Un hombre sabio y feliz —Blaidd se limitó a inclinar la cabeza—. Recuerdo que mucha gente se escandalizó porque lady Liliana se casara con un hombre que había nacido pastor.

Lord Throckton no habló con malicia o descortesía evidentes, pero de todos modos la mandíbula de Blaidd se tensó. Blaidd no contestó hasta que logró aplacar el arrebato de ira que tales comentarios acerca del matrimonio de sus padres solían suscitar.

—Mi padre era caballero cuando se casó con ella.

—Y muy apuesto, al igual que su hijo. De modo que supongo que habréis venido a cortejar a mi bella hija.

—La fama de las cualidades de la dama ha llegado hasta la corte, y yo estoy soltero. Espero que no me reprochéis el nacimiento de mi padre y me concedáis el privilegio de conocerla, al menos.

—Desde luego, desde luego. Yo siento gran respeto por los hombres que consiguen mejorar su estado —contestó lord Throckton con sinceridad—. Y mi hija también.

—Entonces, tal vez me concedáis también permiso para cortejarla, si ella está dispuesta, mi señor.

Lord Throckton se puso a jugar con el

grueso anillo de oro que llevaba en la mano izquierda y lanzó una mirada calculadora a los ropajes de Blaid. La atmósfera de la habitación cambió sutilmente.

—Aún no me habéis preguntado por su dote, Sira Blaid.

—Por lo que he oído sobre vuestra hija, lady Laelia será sin duda premio suficiente.

Lord Throckton pareció complacido.

—Estoy de acuerdo, desde luego, pero no creo que os moleste saber que su dote no será pequeña. Ni tampoco la más grande de la que hayáis tenido noticia. Pero he recibido muchas ofertas por la mano de Laelia desde que tenía doce años, y ni uno sólo de esos hombres se quejó de la dote.

Blaid le dedicó una sonrisa a su anfitrión.

—A pesar de mi atuendo, no soy un hombre pobre que busca únicamente la riqueza a la hora de elegir esposa, mi señor. Voy así vestido porque es más prudente cuando se viaja, para no tentar a los forajidos.

—He de advertiros, Sira Blaid, que no es el corazón de Laelia lo que tenéis que conquistar. Seáis caballero o plebeyo, rico o no, e incluso amigo del rey, es a mí a quien tenéis que impresionar, no a ella. He sido yo quien ha rechazado a todos los hombres que han pedido su mano. ¿Todavía estáis dispuesto a intentar cortejarla y conquistarla?

Blaid asintió con la cabeza.

—Si vos estáis dispuesto a permitírmelo, milord.

—Lo estoy, y podéis quedaros aquí tanto tiempo como queráis —lord Throckton apoyó las manos sobre los brazos de su sillón y se puso en pie—. Ahora que hemos alcanzado un acuerdo, Sira Blaidd, la cena estará lista, y yo estoy hambriento. ¿Vamos?

Blaidd se levantó y siguió a Throckton hasta el salón, que estaba ahora repleto de mesas, bancos, sirvientes y soldados. Trev estaba esperando junto a una de las mesas y, tras hacerle un gesto a Blaidd con la cabeza, siguió observando la imponente estancia y al enjambre de criados. Los perros, despiertos y hambrientos, merodeaban entre las mesas, con los hocicos levantados. Algunos hombres parecían hacer lo mismo, y Blaidd no podía reprochárselo, pues los aromas que salían del corredor que llevaba a la cocina eran deliciosos. Le sonaban las tripas, pues su última comida había consistido en media hogaza de pan esa mañana, acompañada de un sorbo de agua de un arroyo.

—Aquí está mi encantadora Laelia, esperando —dijo lord Throckton.

Blaidd siguió con la mirada el gesto de Throckton hacia el estrado, y de pronto se quedó sin aliento. Había conocido a muchas mujeres hermosas, pero nunca, en toda su vida, había visto una cuya belleza alcanzara tal perfección. Vestida con un pálido vestido de terciopelo azul,

lady Laelia era como una visión angelical, con sus facciones perfectas, un cuello grácil como el de un cisne y una lustrosa melena rubia que se ensortijaba sobre sus esbeltos hombros. Su actitud modesta, con la cabeza agachada, mirando el suelo alfombrado, completaba la perfección de aquella escena.

—¿No es hermosa?

—En efecto, milord, me faltan las palabras.

Lord Throckton se echó a reír, lleno de orgullo, y siguió atravesando la estancia llena de gente como un caballo una pradera de alta hierba. Blaidd miró de nuevo hacia el estrado... y sintió un segundo sobresalto, aún más intenso, que le hizo aminorar el paso. ¿Qué demonios hacía aquella muchacha sentada a la mesa principal? ¿Acaso no era una sirvienta? Aquello significaba que no podía serlo, pero entonces ¿quién demonios era? ¿Y qué estaba haciendo en la puerta? Quizá fuera una amiga de lady Laelia, y su interrogatorio había sido una especie de broma. Pero ¿por qué permanecía sentada, estando lord Throckton en pie?

La mirada azul de la joven se posó en él, e incluso desde aquella distancia, Blaidd notó que su perplejidad le hacía gracia. Mientras ella seguía mirándolo con sorna, Blaidd sintió que sus venas zumbaban de energía y determinación. Quienquiera que fuese, y lo que pensase, iba a maldecir el día que había hecho que Sira Blaidd Morgan se sintiera como un tonto.

Lord Throckton llegó al estrado y tomó la mano de la bella rubia, haciéndola adelantarse.

—Ésta es mi hija, lady Laelia. Laelia, éste es Sira Blaidd Morgan, de la corte del rey.

La joven no alzó la cabeza, ni los ojos. Blaidd hizo una profunda reverencia y tomó su mano derecha, tan floja y fría como un pescado en una cesta, y se la llevó a los labios para besarla.

—Milady, la fama de vuestra belleza no os hace justicia —dijo al incorporarse.

Era un cumplido fácil y falto de originalidad. Por lo general, a Blaidd le gustaba sacar a relucir su ingenio ante la mirada de las mujeres, sobre todo si eran hermosas, pero ante la presencia de aquella insolente muchacha no se le ocurría mejor halago.

—Sed bienvenido a nuestra casa —contestó lady Laelia, alzando sus ojos verdes como la hierba para mirarlo. Su voz era chillona y jadeante, como la de una niña pequeña. O como la de una mujer que intentara parecer más joven de lo que era.

Blaidd no recordaba que nadie le hubiera dicho cuántos años tenía lady Laelia. La joven de pelo castaño se aclaró la garganta ostensiblemente. ¿Sería una pariente loca? Eso explicaría su posición y su extraño comportamiento. Lord Throckton bajó sus gruesas cejas grises y frunció el ceño, mirándola.

—Sira Blaidd, ésta es Rebecca, mi otra hija.